

## MI INFORMANTE EL PACHO QUINTERO: LA VIDA DE UN INDIO DEL PUTUMAYO

Por MANUEL LUCENA SALMORAL

La actitud de los antropólogos ante sus informantes indígenas es tan varia como la humanidad misma. Muchos de ellos, afortunadamente cada vez menos, tienen un trato intenso con los informantes, durante la época de obtención de materiales, y se olvidan luego de ellos. En sus informes científicos aparece una pequeña nota, donde se señala que tal informante vivía en un punto X, tenía una familia extensa, era poligínico, etc. Datos fríos en fin, que casi nunca compensan el enorme calor humano que el informante puso al aceptar al científico, alojarlo en su casa durante semanas o meses, y transvararle con una paciencia infinita sus vivencias. Muchos antropólogos también, afortunadamente cada vez más, sostienen con sus informantes una relación personal de amistad, que se continúa años después de haber obtenido los datos científicos. Recordamos a este propósito que cuando el gobierno trajo unos líderes indígenas a Bogotá en 1972, con el propósito de planificar una acción en los grupos marginados, se encontró con la sorpresa de que los indígenas "desaparecían" después del acto formal celebrado bajo la presidencia del doctor Pastrana Borrero. Casi todos encontraron antropólogos amigos que los invitaron a sus casas a almorzar y a dar un paseo por Bogotá. Se conversó de los amigos ausentes, de los nuevos problemas de la comunidad, de los proyectos fallidos o realizados, del último gobernador, etc.

El objetivo de este pequeño artículo es precisamente ensalzar la figura de un informante excepcional, el Pacho Quintero, con el que conviví en su propia casa, allá en el Putumayo, cuando trataba de recoger materiales sobre la mitología y creencias de los Kofán, dentro de un plan subvencionado por el Instituto Colombiano de An-

tropología y con ayuda económica de la "Wenner Green Foundation". El Pacho Quintero fue mi profesor de Mitología, fue mi anfitrión y es mi amigo. Creo que le debo algo más que una simple cita en mi informe científico. Creo que le debo un homenaje de amigo. Este es mi pequeño homenaje.

Durante mis ya largas permanencias entre los grupos indígenas colombianos, preocupado siempre por el problema de estudiar sus creencias, he tenido la suerte de encontrar magníficos informantes. Tales, por ejemplo, los hermanos Victoriano y Justiniano Piñakué (Páez), con los que me une una verdadera amistad de diez años. Tales también mi difícil amigo Juancho Villafañe (Ijca), Manuel Bonilla (Guahibo), mi compadre Querubín Queta (Kofán) y su cuñado, el "doctorcito" Emiliano, así como otros muchos kofanes (Rufino, Anselmo, Drigelio, Héctor). También resultó un buen informante y mejor amigo el inga Hilario Peña, y otros muchos que tengo en mi memoria y en mi corazón y que no cito ahora por no alargar demasiado este relato.

Muchos de estos informantes, digámoslo para quienes no están familiarizados con el mundo indígena colombiano, conocen perfectamente la que llaman "civilización", pues viajan con cierta frecuencia a Cali, La Plata, Villavicencio, Pasto, Puerto Asís, etc. Son bilingües, han adoptado numerosos elementos técnicos de la cultura nacional, como herramientas, motores fuera de borda, trapiches, radios, etc. y están empeñados en un proceso de desarrollo de sus respectivas comunidades. El mito del "indio salvaje" que todavía se cree en muchos lugares del país, hace ya afortunadamente muchos años que desapareció, en el hipotético caso de que haya existido en el pasado. El indio no es ningún salvaje. Es simplemente un campesino marginado que tiene una vivencia bicultural, manifestada por lo común en un doble tipo de vestido, dos idiomas, dos tipos de creencias religiosas, por lo común mal ensambladas, dos o más bebidas una por lo común de la llamada "cultura nacional" y dos tipos de comportamiento.

### **EL PACHO QUINTERO**

De todos mis informantes el Pacho Quintero es, sin duda, uno de los más excepcionales. Es kofán y vive en el Putumayo y en la quebrada de la Hormiga, aproximadamente en la mitad del camino entre la población de La Hormiga y la de San Marcelino, ya en

el río San Miguel, en frontera con el Ecuador. He dicho que el Pachó Quintero es kofán, y esto merece una aclaración. El Pachó afirma que su padre era tolimense y que su madre era kofán. Fue criado entre kofanes y su lengua (1) y cultura básicas ha sido la de este grupo indígena, dentro del cual ha alcanzado un gran prestigio. La influencia paterna sobre el Pachó Quintero suponemos que no pasó de la simplemente biológica.

La cultura del Pachó Quintero, como la de cualquier cacique kofán, es un revuelto cultural. Se crió con kofanes y vivió luego con sionas y con ingas. Ha tenido una mujer kofán, una siona y una inga. Ha vivido las terribles experiencias del caucho y de la quina. Actualmente reside en la reserva indígena de Yarinal, en un punto donde hay una frontera cultural de kofanes e inganos; otra frontera cultural con los colonos y madereros que rodean la reserva; y finalmente otra frontera cultural con el petróleo: los "Texas", como llaman a los empleados de la "Texas Petroleum Company", que tienen un gran complejo de explotación petrolera en la Hormiga. El complejo cultural del petróleo es, en sí mismo, un revuelto de elementos y técnicos "gringos" y colombianos, y de inmigrantes de otras zonas del país, principalmente Nariño, Valle, Antioquia, Caldas y Santander. El Dorado del petróleo trajo finalmente una migración negra procedente de Tumaco, a lo largo del oleoducto, que alcanzó finalmente a La Hormiga. En medio de este mundo fascinante de culturas, metido en la selva, junto a una quebrada, vive el Pachó, viendo desfilar ante sus ojos una humanidad diversa étnica, cultural y lingüísticamente. Está familiarizado con los helicópteros, con las canoas, con los insecticidas, con la caza con cerbatana, con la chicha de yuca, con la cerveza en lata y con el aguardiente.

El Pachó Quintero debió nacer con el siglo. Tiene el pelo blanco y las carnes enjutas, como si se le hubieran ido consumiendo en el transcurso de los años. Su piel está tan arrugada como un mapa hidrográfico del Putumayo. Su boca toma aspecto de pico de ave, cuando le falta la "caja", pero se convierte en un mundo de resonancias infinitas cuando se pone la "caja" que se mandó hacer en La Hormiga hace un par de años. Sus ademanes son nerviosos, rápidos, como liberados de todo control psíquico. Se viste siempre con "kuma" (2) blanca hasta las rodillas. Pero lo más maravilloso del Pachó Quintero es su conversación; una conversación rica, fluida, hilvanada, salpicada de dichos de todos sitios y con abundantes exclamaciones, porque el Pachó duda y exclama cuando habla. Es

una conversación que además va paralela con un proceso de pensamiento, con deducciones y conclusiones. El Pacho abusa de los "si no" y de los "no si", de los ¿no? y de los ¡Ah!. Además usa algunos términos de los "Texas" como el "agüaitar" por esperar (3). Es un lenguaje delicioso de escuchar, de saborear en las tranquilas noches de la selva, cuando el Pacho se sienta en su "dujo" (4) a la puerta de la casa y regala a su invitado las vivencias de hace cincuenta o setenta años.

El Pacho Quintero es un hombre de gustos refinados. Duerme siempre en cama y con toldillo. Dice que no resiste ya la hamaca y que el toldillo le libra de los animalejos nocturnos, aunque en verdad hay pocos zancudos donde vive, pues ventea bastante. Sus tulas son de puro caucho virgen, sus baúles de puro cedro, el suelo de su casa de pura chonta. Tiene un sin fin de "chécheres" que harían la delicia de cualquier miembro de una sociedad de consumo. En una repisa vi una lata de aceite de oliva español, que usa para curar algunos "males de la vista".

Su casa es grande, con un recibidor siempre abierto a los visitantes, que son muchos. El Pacho es hospitalario y los comerciantes que van y vienen por la quebrada de la Hormiga paran siempre allí. En compensación por la "dormida" le regalan siempre algo, a la vez que le informan de las novedades que van saliendo en el mercado: nuevas marcas de jabones, un tipo de bota pantanera, una nueva clase de pantalones, camisas, etc. El Pacho sabe perfectamente todo lo que hay en el comercio de las grandes ciudades y sus precios exactos, sin necesidad de salir de su casa.

Los comerciantes —bajé con uno de ellos, en una canoa por "puestos"— aprecian al Pacho, porque es amable con todo el mundo, tiene siempre algo de comer y un sitio donde dormir. Además el Pacho "desvara" a cualquiera en un apuro, pues puede ordenar que le presten una canoa, o un boga que ayude con un canaleta, etc. Esos favores son los más valiosos en un lugar donde el único tráfico es el fluvial.

El Pacho Quintero es finalmente amigo de todo el mundo, y conoce a todo el mundo. A cada uno le habla de lo que le interesa. A los comerciantes les habla de otros comerciantes que pasaron hacia tal o cual punto, cosa que es fundamental para poder colocar sus productos. A los cazadores les dice donde hallaron hace unos días tal danta, o cual guara. A mi me habló de todos los antropó-

logos que habían pasado por el Putumayo en los últimos cincuenta años.

El Pacho se ufana de que últimamente no tiene ya que ir a trabajar, pues le viene siempre la comida a la casa. Se autojubiló hace ya unos seis o siete años y desde entonces no sale de su vivienda, sino a algún viaje de negocios. Pero siempre llega alguien con algunos pescados, un pedazo de danta, algo en fin para el taita. Sus curaciones —el Pacho es uno de los mejores curanderos— han creado un conjunto de gentes agradecidas, que le traen siempre algo de comida. La verdad es que el Pacho Quintero cura de todo: desde la soltura de vientre hasta la picadura de culebra. Y su renombre desborda el San Miguel y llega hasta Santa Rosa y hasta San Antonio del Guamuéz, desde donde vienen pacientes. Su hijo Agustín le ayuda a veces a conseguir algunas plantas difíciles, que hay por ahí, en el monte. Agustín está casado y tiene hijos. Vive enfrente, río de por medio, del Pacho, y le sacó las aptitudes de mando, ya que ha sido gobernador como tres veces. No le gusta curar, pero sabe "cosas".

El Pacho Quintero es finalmente la historia viva del Putumayo. Ha visto desplazarse tribus enteras, ha visto pasar curas, obispos y soldados, ha visto definirse la frontera sur de Colombia, ha visto llegar a los colonos y a los "Texas"... ¿Qué no habrá visto el Pacho en sus setenta años de vida? Ha sido peón de las caucheras y gobernador de su pueblo cinco veces. Ha conocido a todos y de todo.

La historia resumida, pero apasionante, de su vida nos la narró durante varias noches, intercalada entre unos bellísimos relatos sobre mitología kofán. La recogimos textualmente y nos sentimos perfectamente incapaces de cambiar una palabra. Nos parece bella tal y como está. Nos parece un monumento antropológico, histórico y literario. Quizá amamos demasiado a todo lo humano, y en especial a lo indígena, y por eso nos parece tan bello. Por eso queremos compartirla con otros lectores. He aquí la vida de un indio del Putumayo, de un cacique que se llama el Pacho Quintero:

### **AUTOBIOGRAFIA DEL PACHO QUINTERO**

Yo voy pues a contar desde que estoy viviendo ¿no? Mi papá, el propio papá pues, se llamaba Tomás Quintero y era de esa raza

tolimense, así como gente blanca. Mi mamá se llamaba Angelina Aguida y era kofán. Ella había nacido en el Aguarico.

Nosotros éramos varios hermanos, pero ya no, porque murieron. Eramos mi hermano mayor, uno; yo, dos; Pavicharco, tres; mi hermanito Rubén, cuatro; Fernando, cinco; otro, seis; la hermana, siete. Pero por cuestión de madre, porque de padre no más que yo. Eramos siete hermanos.

Yo nací hace como noventa años, porque tengo en la finada que tuve en la primera mujer, tuve Hermelinda . . . Digamos 90 años, si eso es lo que calculamos allá con el doctor Jorge, porque cuando mataron al presidente Uribe (5) tenía yo como diez años. Entónces una señora que sabía leer ¿no?, mandaron un periódico ¿no? y cogió el periódico y se puso a leer y ya nos avisó a nosotros: "Mataron al presidente Uribe", y en ese tiempo estábamos en el Aguarico. Hagamos la cuenta desde ese tiempo hasta hoy . . . Eso hasta ahora, y aquí estoy como que diez años, cinco años más . . . ¿Onde vamos a dar? . . .

Ahora, bueno, cuando murió mi padre finado, entonces vivimos un tiempo solos, hasta que a lo último ya se jué. Y nos jué a traer el finado padrastro, que se llamaba Freilán Acosta. El nos cogió chiquitos, todavía pequeños, y el nos crió, hasta que quedamos hombres.

Vivíamos en el Aguarico y yo recuerdo que salimos una vez por la quebrada del Tío Cano. Bajamos haciendo una canoa, como pa venderla, y salimos y llegamos a Laucano, que era un pueblo de kofanes en el Teteyé. Esos kofanes habían estado primero en Ocana, que está en el San Miguel, y de aquí fueron al Teteyé y acá habían cercado como para hacer un pueblo. Pero entonces ahí, en ese tiempo, no había uno de camisa; todos eran puros kofanes, del río San Miguel (6).

Ya hicieron un pueblo ahí y entonces fue que ya después el finadito Juan Paz ya tuvo de corregidor, ya entró de corregidor él ahí. Cuando estuvo el finadito Juan Paz ya creo que entonces ya empezó a llegar el padre Tanislao de Lascor (7), que era bien bravo. Era español. Y entonces ya empezaron a hacer capilla para poner la escuela y ya pasó el cura y entonces fue que ya reunieron toda esa gente de San Miguel en ese pueblo.

Después ya fue cuando vino ese mal, ese sarampión y fue entonces de ver que se iban a acabar y entonces cogieron y unos se cogieron para bajo, otros cogieron pues pa la quebrada de La Hormiga, otros parallá el río San Miguel, a Churuyako. Ahí fue que se acabó todo:

Ahí ya salí a andar, a trabajar. Por allá me casé ya con la primera mujer, que se llamaba Ursula Jipa y era loretana, del Napo. Era Inga y tuve familia con ella. Tuve Hermelinda, Clementina, Fidelina, tres hijas. No más, creo, con la finada. Sí, pero de esas ya se ha muerto una. Quedaron dos. No se si vivirán las otras. Bueno, tres en esa finada mujer. . .

Luego estuve un tiempo en una quebrada que se llama Kuyabeno. Estuve con ella, con la primera mujer. Se me murió allí. Entonces como estaba con esa tribu de Sionas, ahí viviendo con ellos, cuando se murió. Entonces ellos ya no me dejaron salir. Me dijeron: "No. ¿Cómo se va a ir usted? Ella murió, pero entonces quedamos nosotros aquí, y aquí también hay mujeres". Dijo: "Puede ajuntarse con una de ellas". Me entregaron la otra mujer, Daniana. . .

Con Daniana tuve familia. Tuve una hija, sí, y la tengo hasta ahora, que es casada. Tres de la finada Ursula y una en la siona, son cuatro. Y el muchacho que me nació en Inés, la de ahora (8), cinco hijos, no más.

Ahí estuve pues un tiempo en Kuyabeno, viviendo con esa gente. Al último me dejaron botao, ahí, ya, abandonao me dejaron ahí ¿Eh?. Me aburrí ahí. Al fin ya no me gustó, y por otra cosa también ya salí de allá: por los ecuatorianos. Es que yo era pescador ¿no? Era pescador y eso era mi trabajo y con eso me mantenía yo. Vendía y con esa plata yo tenía para comprar ¿no?. Después de esto ya empezaron los ecuatorianos a molestarme, a robarme el pescado, a hacerme cualquier tontera, y no me enseñé yo. Entonces pasé a onde un teniente, un teniente Teller, colombiano, dí parte allá y entonces me dijo, me preguntó de dónde era. Le dije: "Yo soy colombiano, soy hijo, soy raza tolimense". Entonces me dijo: "No, no se deje, usted es colombiano". Dijo: "No se deje. En tal caso, si van a molestarlo, agarre y bótelos al agua". Pero yo no quise. Dije: "No, no tengo por qué". Entonces mejor cogí camino pa cá. Dejé eso allá botao y allá se quedó esa hija y se crió y ahora ya se casó y también ahí hay otros nietos, no se cuantos habrá. . .

Así ha sido mi vida. Ahora me vine acá, ahora estoy aquí. Me vine y trabajé en el caucho, ¡hum!... , con los de la compañía, que eran pues los padrastros de uno. El patrón era este... ¿cómo se llama?... ¡Teran!. Ese es el patrón. Y trabajaba en el caucho. Tumbaba los palos, según los árboles que se encuentran, y seguirlos picando, y cuando se cuajaba la leche, recogía esa leche y a hacer unos bloques de cuatro o cinco arrobas, y así trabajé. En ese tiempo valía el caucho. El caucho blanco valía treinta soles; el negro valía cuarenta soles la arroba, así con eso pues, en ese tiempo todo era barato.

Y después de eso pues ya dijeron que el caucho cayó, que ya no vale. Entonces dejamos eso ahí, ese trabajo. Entonces entramos al trabajo de la cascarilla (9). Trabajamos en el Ecuador y sacamos dos toneladas. Bueno, también eso ya mandaron a decir que ya no vale la cascarilla. Entonces dejamos ese trabajo.

Nos subimos a la casa y nos tuvimos un tiempo ahí. Y después dijeron que vale la balata. Balata... no conocíamos esto. Bueno, entonces ya nos mandó el finado padrastro y dijo: "Vayan a conocer que clase de balata es, qué palo es". Nos fuimos a conocer. Había sido cualquier madera, pero eso no hay en todo ello, entonces seguimos trabajando la balata. Trabajamos la balata hasta que por fin también cayó la balata. Después... ¿Qué vamos hacer? A recoger tagua (10), una pepa de la yarina, que hacen botones con ella. Hacen loza, platos, así... Y así en esos trabajos he pasado yo trabajando.

Después que estábamos en Ecuador, el presidente de Colombia, yo no me acuerdo qué presidente... ¿será el general Reyes?, mandó a un padre para que trajera a los kofanes a Colombia. Entonces yo pasé allá con mi hermano finado a ver esa gente, y el padre los trajo. Entonces pues ya dijeron pues que eso ya se lo entregaron al Ecuador, eso puallá no se qué. Entonces ahora nos hicimos aquí. Entonces ya mi padrino, era pues mi padrino, se llamaba Pedro Urbano, que estaba de maestro de nosotros pues ¿no?. Pero entonces cuando ya dijeron eso, ya dijo: "Bueno, hasta aquí los acompaño", porque esto ya lo entregaron al Gobierno, esto quedó para el Ecuador, yo me voy para la casa". Se jué pallá. Nosotros quedamos

ahí, abandonados. Así es que vivimos un pero largo tiempo, pero entonces ya no parecía esto ¿no? Vámonos a dar a nuestra patria nosotros. Y así.

Y vinimos el finado Samuel, Nicasio, mi yerno, Fernando... dos familias, no más. Nos vinimos del Aguarico propio. Los demás kofanes como no eran de aquí, de este río San Miguel, esos tan ahí, Así era la vida de nosotros...

Yo aprendí mucho con los sionas. Primero con taita Antonio, después con Calixto, después entré con Mateo. Con esos tres curacas jué que aprendí. Con Antonio aprendí a tomar yagé (11). El curaca jué a mamá y le rogó que juera yo allá, a la casa onde él taba tomando, que me iba a dar pa flechar cacería. Entonces mi señora mamá dijo: pues bueno. Antonio Barbón, decíamos, pero no tenía barba. Le decían Antonio Barbón. Entonces pues me juí pallá y ya me empezaron a dar allí. Bueno, tuve un tiempo ahí, tomando con ese. Después pasó otro curaca que se llamaba Calixto. Así tomé con esos. Al último ya salimos de ahí, cogimos pa bajo puallá, yo salí onde ellos. Allá entré con ese finado Mateo. Con ese jué que viví más. Estuve los ocho, nueve años con el puallá metío.

Aprendí tonces a curar bien. Yo he curado harta gente. He curado picadura de culebra, desa grande que vive dentro de la piel, en unos huecos, ques la más brava. También he curado de esa... ¿cómo se llama? ¡Ah!, la venticuatro. Esa es otra culebra fina, y la coral, que es bien brava.

También tomando yagé aprendí cacería. El primer animal que maté fue un chorongó (12). Era muchacho todavía y iba por ahí, y fleché uno y maté uno. Después seguí flechando ya: Pajuil, pava... después seguí flechando de todo... ya seguí haciendo cacería. Después con lanza, a matar danta, cerrillo, puerco, así... tigre... Tigres toy cansado de matar. Eso si no se cuántos, puaf unos diez. El primer día matamos hasta dos, tres, con un perro que teníamos tigrero. Nos íbamos al monte a buscar danta. Después cazábamos un tigre; aquí matamos ese. Nos íbamos allá, otro tigre, ese lo matamos. Más allá otro tigre más, el tigre, así... Lo que encontraba entonces lo cazaba, y así.

Y así ha sido mi vida, matando todos esos animales.

## NOTAS

- (1) El Kofán se considera lengua de posible filiación Chibcha y tiene dos grupos: Kofán propiamente dicho y Aguariko. Vide Sergio Elías Ortiz: *Lenguas y dialectos indígenas de Colombia*, Bogotá, Historia Extensa de Colombia, 1965, vol. I, t. 3, p. 37.
- (2) La "kusma" es el traje típico indígena. Consiste en una túnica larga hasta las rodillas, de color comúnmente azul, blanco o negro y sin mangas. El vestido es probablemente de procedencia colonial y se usa ya con pantalones debajo.
- (3) To Wait.
- (4) El duho es un banquito de madera. Fue típico en los grupos indígenas de Neiva, uno de los cuales recibió el nombre de Duho.
- (5) Debe tratarse del asesinato del caudillo liberal Rafael Uribe Uribe en el año 1916. El Pacho Quintero debe tener por consiguiente unos setenta años, pues suponemos que nació con el siglo.
- (6) La camisa y el pantalón son distintivos de indígena aculturado. La frase del Pacho "no había uno de camisa" quiere decir que todos vestían kusma o que eran indígenas no aculturados.
- (7) Debe ser el padre misionero capuchino Estanislao de Lascorts, que laboró durante muchos años en la Amazonía colombiana.
- (8) Su mujer actual es Inés Mendúa y es kofán. El Pacho e Inés tienen un hijo de unos 35 años, que es Agustín Quintero.
- (9) La "cascarilla" es la misma quina o "cinchona spp." Vide Víctor Manuel Patiño: *Plantas cultivadas y animales domésticos en América Equinoccial*, Cali, Imprenta Departamental, 1967, p. 331.
- (10) *Phytelephas* spp.
- (11) Es la Banisteriopsis, un poderoso alucinógeno que se toma con carácter ceremonial. Vide Manuel Lucena Salmoral: *Observación participante de una toma de yagé entre los Kofán*. En *Rev. Universitas Humanística*, num. 1, Bogotá, 1971, p. 11-21.
- (12) El chorongo es el mono, animal que los kofanes utilizan como alimento frecuentemente.